

Revista

del COLEGIO OFICIAL
DE MÉDICOS DE ASTURIAS

Abril 2013

Este Colegio, desde 1986, dedica al menos el 0,7% de su presupuesto a programas de desarrollo sanitario en el Tercer Mundo



Tribuna Libre

Nuestra Gente

Tribuna Médica

Formación

Cursos 2013



Dr. Venancio Martínez Suárez
Pediatra



EVOCACIÓN DE JOAQUÍN FERNÁNDEZ

Evocar al doctor Joaquín Fernández es un trance doloroso, ya que la suya fue una muerte que viví -y vivo- con la desdicha con que se sufren las muertes cercanas. Al acercarse la fecha de su primer aniversario, la Real Academia de Medicina convocó el pasado mes de marzo una sesión necrológica, asignándome -junto a los doctores Barthe y Tévar- la emotiva y nada fácil tarea de rebuscar en la memoria y elegir entre tantos y tantos recuerdos aquellos que ahora me pueden servir para dibujar sintéticamente su figura.

Joaquín y yo nos saludamos por primera vez en la primavera del año 96 en el Hospital de Cabueñes. A partir de aquel primer encuentro coincidimos casual y repetidamente en las calles y librerías de Oviedo y en alguna cafetería, donde el conocimiento mutuo se fue haciendo más cercano y también más confiado. Quiero decir que fue aquella circunstancia fortuita y afortunada la que nos condujo a reconocer coincidencias en gustos y opiniones que contribuyeron a consolidar nuestra amistad a lo largo de los años. Aunque ambos teníamos noticia el uno del otro, nuestra aproximación trato y luego colaboración fue, por tanto, tardía.

Desde meses antes de su fallecimiento nos veíamos con frecuencia para preparar un libro conmemorativo de Gaspar Casal. Aquellas fueron horas en las que desgranando toda su reserva de ingenio y de



En la inauguración de la capilla de La Brañuela de Aller. Fotografías de su amigo Julio Concepción.

humor sazonado de ternura, hizo nacer en mí un entrañable afecto, una intensa afinidad espiritual y una entregada admiración. Joaquín transmitía en su vivir proximidad, sencillez y ganas de aprender. Era un hombre esperanzado, trascendente y alegre; de gesto llano, de una bondad transparente, austero, madrugador y socarrón. Los que lo conocieron y trataron saben que fue así.

Hacia su gran laboriosidad compatible con una entusiasta degustación del ocio, fuera éste bajo la forma de viaje, de lectura, de excursiones por la Asturias que él calificaba de inagotable o en el cultivo -grato, aunque siempre delicado y a veces esforzado- de la amistad. Si a ello sumamos su querencia por la vida familiar tendremos aliñada con esos tres factores -obligaciones, placeres y devociones; o trabajo, aficiones y amor a los suyos- la fórmula personal con la que Joaquín organizó y disfrutó sus días.

Siento ahora la reverberación de las palabras con las que me relató sus viajes y me comentó sus lecturas. Con las que me transmitió su afán de volver a caminar con su primo Fidel por las calles de Roma, por el Trastébere hasta San Egidio; o de volver a callejear por Granada y subir por el Albaicín hasta el mirador de San Nicolás. Me comunicó su intención de completar los viajes de San Pablo por Asia y Europa, que ya había iniciado. Y la ilusión con la que esperaba el centenario de Santa Teresa, que celebraremos en dos años, y para el que -decía- debería prepararse algo grande. Con él hablé sobre Quedo, del que todavía recitaba de memoria versos aprendidos en su juventud: hablé sobre sus amistades añoradas -compañeros de estudios o de profesión-, sobre personajes célebres a los que había conocido y tratado; y sobre esos personajes visibles y más o menos relevan-

tes del mundo de la cultura oficial. También de alguna librería de viejo de cualquier ciudad. Y cada vez más insistentemente de sus hijos.

Los que compartieron con él su dedicación asistencial saben que cumplía sus obligaciones al modo de los viejos médicos de cabecera, conociendo a todos sus pacientes -a los miles que ha atendido-, sus hechos y sus problemas; que los acompañaba en sus preocupaciones de modo diligente y responsable, con un medido sentido del humor que delataba su personalidad y comunicaba una entrega de afecto que ellos siempre le supieron agradecer. Joaquín vivió durante 42 años dispuesto a honrar su profesión con una profundidad que sólo alcanzan quienes dedican su vida de forma entregada a este complejo universo de relaciones humanas que es la medicina.

Su obra -a la que se ha dedicado con auténtica vocación y honradez- está preñada de páginas que reflejan abundantemente la hondura de su sensibilidad, de la lucidez de su inteligencia y la abundancia de su corazón. En su vertiente profesional, investigadora y docente, debiera ser glosada por los que han sido sus discípulos y amigos en el día a día de su tarea en el Centro Médico y en el hospital. Pero quiero reiterar en esta breve nota que su importante labor etnomédica, fruto de su gran pasión por esta tierra, quizá sea la más rica y sugestiva manifestación de su trabajo. En ella Joaquín nos ha dejado la mejor muestra de su radical solidaridad con el país, con sus hombres, su historia y su paisaje. Y en ella se sentía continuador y discípulo de don Luciano Castañón y del Profesor Enrique Junceda, que dirigiera su Tesis Doctoral. Han sido más de 60 publicaciones sobre esta temática, varios libros y casi 40 pequeños artículos y comentarios

en prensa o revistas y ediciones de diversa naturaleza, resultando todo este conjunto en un magnífico legado a la cultura tradicional de nuestra comunidad.

Su recopilación de biografías médicas es un ejemplo de constancia y voluntad, continuando la espléndida labor documental iniciada en el año 1976 por el doctor Melquiades Cabal. El resultado del trabajo sucesivo de ambos autores es un valioso y ameno registro de la historia reciente de nuestra profesión, configurando en una pieza de información de casi 5.000 páginas y 1.200 semblanzas las verdaderas huellas dactilares de la medicina asturiana.

El doctor Joaquín Fernández -médico con dos especialidades, licenciado en Historia, etnólogo y escritor- fue Miembro de Número de nuestra Academia y del Real Instituto de Estudios Asturianos, del Foro Jovellanos y de la Sociedad Española de Médicos Escritores, que dos veces le otorgó su premio nacional. Aparte ha recibido otros muchos reconocimientos y galardones hasta llegar a sus 69 años. Con eso nos ha dado prueba sobrada de su capacidad y de su trabajo. Pero en este sucinto comentario quiero destacar -antes que otras cosas- que los que mejor lo conocían lo adoraban y lo recordarán siempre. Y esa es la prueba definitiva del valor de una vida.

En esa proverbial proyección de la medicina y de lo médico hacia la sociedad y hacia el mundo de la cultura, Joaquín representaba un elemento espléndido e inigualable. Por eso, y con el pretexto de este triste aniversario, reconocer su presencia palpitante y manifestarle a su querida Tere, a sus hijos y a todos sus amigos nuestro recuerdo agradecido es en este momento un deber inexcusable. ■